

Cup. 405. C. 90.

M. D. Luis L. Dominguez

henda

del autor

A LA MEMORIA

DEL

ILUSTRE CIUDADANO

DON BERNARDINO RIVADAVIA.

M., M. A.



BUENOS AIRES.

Imprenta Argentina de El Nacional, calle Santa Rosa núm. 37.

1857.



RIVADAVIA.

I.

Las puertas de la patria se han abierto
Al funeral estruendo del cañon;
Que á las cenizas de un ilustre muerto
Rinde este pueblo espléndida ovacion!

Hijos del crimen, déspotas y esclavos,
La frente torpe y sin pudor, bajad!
Hijos de Mayo generosos, bravos,
La libre frente eunoblecida, alzad!

Ante los yertos, últimos despojos
Del génio augusto que sembraba el bien,
Huya el malvado los protervos ojos,
Como los huye ante la cruz, Luzbel.

Si; no mancillen con su inmunda planta
Los instrumentos réprobos del mal,
De Rivadavia á la memoria santa
Este homenaje justo y popular.

II.

Contempla, ó Buenos-Aires, esa urna cineraria,
Envuelta en los colores del patrio pabellon;
Ya está sobre tu playa bendita, hospitalaria,
Buscando en esta tierra la paz del panteon.

El Plata ha humedecido sus pálidas cenizas,
De orgullo sacudiendo su nacarada crin;
La Pampa las perfuma al soplo de sus brisas
Que bañan aromosas de América el confin.



El sol de la esperanza que brilla en nuestro cielo
Trasmíteles el fuego de su calor vital;
Y de emoción, parece que, estremecido el suelo,
También rinde tributo al prócer inmortal.

Oid la voz del sábio provento, encanecido
Ante ese helado cráneo! . . . Mirad la juventud
Alzando generosa su acento conmovido!
Y madres ved y niños en torno el ataud!

Acaso son exequias aquestas ovaciones
Que todo un pueblo libre tributa á un hombre? nó!
De gracias son el voto que las instituciones
Dedican al patriarca que un ara les alzó.

Tus huesos corroidos, Solon Americano,
Recorren esta tierra con pompa triunfal:
En ellos ha incrustado del justo Dios la mano
La civica corona de gloria perenal.

Cuando llevado en hombros de ilustres veteranos
Ya misero cadáver de Europa el vencedor,
Tornaba á Francia, en sangre teñidas ¡ay! sus manos
Manchaban la memoria del gran conquistador.

La Francia celebraba sus gigantescas glorias,
Asombro de los reyes y de la humanidad;
Mas generosa sangre ahogaba esas victorias
Que el trono salpicaba de la alma libertad.

Si al pasear en triunfo, cubierta de laureles
La sombra de ese génio de Arcola y Austerlitz,
Lloraban de entusiasmo sus veteranos fieles,
Venganza! á Dios clamaban los libres en Paris.

No hay manchas en tu gloria, virtuoso Presidente
De las provincias bellas de América del Sud,
Bendice tu memoria un pueblo independiente
Y abraza enternecido tu fúnebre ataud.



Tus memorables triunfos son bienhechoras leyes,
Instituciones sábias de amor, virtud y paz;
Eternos monumentos que envidiarán les reyes
Sin sangre levantados del orbe ante la faz.

Asi tu augusta sombra tan solo hallará amigos
En esta bella Atenas del mundo de Colon,
Hundidos en la nada tus tercios enemigos,
Los bárbaros que execran la civilizacion.

III.

Tu nombre, Rivadavia,
Escrito está do quiera
Que se alza la bandera
Blanca como los hielos
Y azul como los cielos
Que izó la libertad.

La patria á ti es deudora
De mil instituciones,
Hermosas creaciones
Del génio que animaba
Tu espíritu y templaba
Tu firme voluntad.

Para el enfermo alzaste
Y el infeliz demente,
Ministro inteligente,
De caridad hospicios;
Y mil, mil beneficios
Hiciste á la viudez.

El óbolo te debe
De la beneficencia
La misera indigencia;
Y lienzo y pan y lecho
Bajo propicio techo
La huérfana niñez.

Fuiste, rival del rayo
De Prometeo, un día
Aliento, luz y guía
Para la adolescencia
Que en alas de la ciencia
Se alzaba al porvenir;

Y letras, ciencias y artes
Te deben incentivos . . .
Museo, aulas y archivos
Harán que tu memoria
Laureada por la gloria
Jamás llegue á morir.

Pero los hombres nunca
Asaz te comprendieron;
Si algunos bendijeron
Tu noble patriotismo,
No pocos un abismo
Cavaron á tus pies.

Porque á la lucha extraño
De la civil contienda,
Jamás alzaste ofrenda
Propicia á la discordia,
De paz y de concordia
Apostol á la vez,

Entonces por la saña
Sangrienta combatido
De un réprobo partido,
Quisiste, hombre modesto,
De guerra hasta el pretesto
Mas frivolo evitar;

Y descendiste, prócer
De la argentina historia,
Del cénit de la gloria . . .
Mas ¡ay! el ostracismo
Fué el premio á tu civismo
Sublime y ejemplar.

IV.

Y allá donde los hombres son siervos de los reyes,
Allá en la madre patria del mundo de Colon,
Donde maldice un trono de América las leyes,
Proscrito de esta tierra, bajaste al panteon;

Mas no hallaban reposo tus pálidas cenizas;
Faltábate en la tumba del libre la oracion,
La sombra de los sauces y aroma de las brisas
De tu querida patria á ti, nuevo Solon.

Ya estás en Buenos Aires, en tu soñada Atenas,
Tu bello paraiso, tu encantador Eden!
Descansa, si, descansa—que fueron hartas penas
Las que á la muerte helada doblaron ¡ay! tu sien.

Descansa, sí, en el templo sagrado y solitario,
Asilo de los muertos que hiciste levantar:
Allá bajo las ramas del sauce funerario,
Iremos en tu sombra la gloria á contemplar.

Buenos Aires.—Mayo de 1857.

M. A. M.